

LECOMTE DU NOÛY, P.

El destino humano.

Santiago Rueda Editor, Buenos Aires, 1948 (290 págs.).

Fernando Lolas Stepke¹

Poco tiempo después de su edición en inglés se publicó esta versión castellana de un libro que merece relectura, en el contexto de antecedentes sobre la perspectiva bioética. En la tradición de los usuarios más conocidos del término “bioética”, Fritz Jahr y Van Rensselaer Potter, debe destacarse que muchos biólogos y científicos abordaron temas que, sin este rótulo, deben considerarse fuente de argumentos relevantes para la constitución del discurso “pontifical” —de puente entre racionalidades— que caracteriza al pensamiento integrador.

Suele historiarse a menudo la filiación filosófica de la bioética y menos la contribución de biólogos que aportaron una mirada teórica a asuntos luego retomados por los discursos más usuales. En su vertiente “médica”, tributaria de la tradición de Georgetown, es corriente rastrear los orígenes de, por ejemplo, los clásicos principios que se repiten canónicamente: autonomía, beneficencia, no-maleficencia y justicia. En su vertiente “ecoética” o “macrobioética”, es conocido el planteamiento de una ética global, de sesgo *utilitarista* en Potter y *compasivo* en Jahr. Es frecuente recordar a Hans Jonas y la “responsabilidad”, entre otros temas de interfaz entre la ciencia y el comportamiento humano, en relación con el medio ambiente y otras especies animales.

Lecomte du Noüy fue un científico francés de notoriedad en su época. Como otros, agregó a sus publicaciones especializadas reflexiones de corte humanístico. Sus trabajos se desarrollaron en muchos campos: las propiedades de la sangre, la curación de las heridas, la biofísica en el Instituto Pasteur de París, los trabajos del matrimonio Curie, entre otros. Al igual que Claude Bernard, a quien suele citarse por su introducción al estudio de la medicina experimental, se lo recuerda más por su obra de divulgación que por sus aportaciones empíricas, al menos en el contexto que aquí nos interesa. Podría hablarse de una dimensión teórica o metafísica del pensar biológico que, en este caso, se transforma en una suerte de manifiesto finalista y cristiano. En su interpretación de la evolución biológica indica que lo humano agrega a los mecanismos de la selección natural y de las mutaciones la cultura y la tradición. De todas las especies animales, solamente la humana transmite intergeneracionalmente su actividad mediante el lenguaje y la escritura. La evolución ya no queda librada a la simple supervivencia del organismo más apto —o, metafóricamente, más libre—, sino a la responsabilidad de la especie humana, que puede escoger seguir evolucionando en la cultura y la moral o retrogradar al plano meramente biológico. Su examen del registro paleontológico y sus indicaciones sobre la evolución humana desembocan en una concepción de raigambre religiosa, advirtiendo que no existe contradicción entre ser creyente y ser científico. Algo parecido a lo que se encuentra en la biografía de Louis Pasteur y con una perspectiva que recuerda al jesuita Teilhard de Chardin y su noción de la “noósfera” como espacio evolutivo propiamente humano. Observa que el público cree muchas cosas que nunca verá, como las partículas subatómicas, y ello le lleva a sostener que la creencia en una entidad trascendente no tiene por qué inmovilizar o alterar el trabajo científico.

No es fácil rastrear fuentes. En una obra destinada al gran público las citas son escasas y presuponen nociones generales de la tradición científico-filosófica. Las referencias bíblicas no se utilizan con fines

¹ Profesor Titular y director del Centro Interdisciplinario de Estudios en Bioética, Universidad de Chile. Investigador, Universidad Central de Chile, Santiago, Chile. ORCID: 0000-0002-9684-2725

Correspondencia: flolas@uchile.cl

doctrinarios sino históricos y conceptuales. La tesis central, teleológica y finalista, es más un postulado que una deducción; promueve un llamado a las potencias morales de la especie humana y la posibilidad de educarlas para continuar la evolución cósmica creativa y responsablemente. Este autor, como otros que vivieron las guerras mundiales de Occidente y el aparente colapso de la racionalidad que ellas señalaban, insiste en la necesidad de educar a las generaciones futuras. Educar significa algo más que instruir. Supone implantar la autonomía moral como meta deseable en los individuos, pues éstos constituirán sociedades más justas y libres. La cultura humana es el nuevo mecanismo de la evolución general del universo.

En esta tarea, si se descuenta el tono moralizante del discurso, encuentra los habituales dilemas del pensador. Por una parte, lo que sería deseable, las aspiraciones del humanismo cristiano. Por otra, la realidad de nacionalismos agresivos o ideologías totalitarias. Jean Rostand, otro biólogo francés de nota, escribe en sus *Pensamientos de un biólogo* una frase que nunca se olvida: “en la cuna de cada recién nacido, escribe, duerme un Cro-Magnon”. Esta expresión plantea la duda de que haya progreso moral en la humanidad, pese a la cultura y al esfuerzo civilizatorio. También Lecomte du Noüy tiene reservas y cierto escepticismo. La especie humana puede depredar el planeta, agotar sus recursos, destruir la biósfera y volver a la animalidad, pese a cualquier avance tecnológico y al dominio aparente de la Naturaleza. O precisamente por éste. No faltan voces que atribuyen la crisis ecológica al mito bíblico de la superioridad de la especie humana sobre el resto de la Creación. Ello legitimaría el uso y abuso de los recursos en pro del ser humano, el cual comparte con la divinidad la propiedad de nombrar y manipular el cosmos. Tampoco debe olvidarse la observación de Max Weber de que el espíritu del capitalismo es una eflorescencia del cristianismo protestante.

Recordar estos antiguos escritos, releerlos con mirada crítica, es útil para desarticular los “mesianismos bioéticos” con que algunos, más allá de los argumentos, desean convencernos de su superioridad moral por combatir las injusticias, las desigualdades y el odioso “neoliberalismo”. La actividad científica nunca fue, y nunca será, valóricamente neutral. Siempre es interesada, pues todo conocimiento nace de un *Inter-Esse*, de una relación con algo distinto —persona o cosa— que se trata de comprender, manipular, explotar o utilizar.